

Quien conducía la limusina sabía que debía abandonarla antes de que la Policía descubriese lo que ocultaba en el maletero. Tenía varias contusiones, ninguna de importancia. La más molesta la sentía en el costado derecho, se había golpeado con el cambio de marchas. También le dolían una rodilla y un tobillo. No tenía tiempo para lamentos. Se liberó del cinturón de seguridad, bajó la ventanilla y se dispuso a salir por ella.

Un chapero, en retirada por la falta de clientes a esas horas en el parque del Oeste, vio el accidente desde lejos. Hacía bastante frío y una escarcha helada lo cubría todo. Era el momento del día en el que la claridad se abre paso y deja atrás la oscuridad encubridora.

El testigo no se acercó a la limusina. Se limitó a llamar al 112 e informar. No tenía ninguna intención de quedarse y que la Policía lo interrogase. Desde lejos, y sin acercarse un milímetro, pudo observar que el motor estaba en marcha, las luces encendidas y la ventanilla del conductor bajada. Le pareció ver que alguien salía por ella y se alejaba algo renqueante pero deprisa. Todo esto se lo calló. «Un accidente grave», fue lo único que les dijo antes de colgar el móvil que acababa de sustraer a uno de sus clientes. Le fastidió tener que deshacerse de él, uno de los modelos más caros, pero no podía exponerse a un interrogatorio.

Una dotación del Sámar y una de la Policía municipal llegaron ululando sus sirenas al mismo tiempo. Las silenciaron y bajaron de sus vehículos. Los municipales, a primera vista, dedujeron que la limusina había dado varias vueltas de campana hasta quedar apoyada sobre el costado del copiloto, mostrando su panza. Se encontraba al final de un parterre, a unos cuarenta metros de la calzada. Todos los efectivos presentes descendieron hasta el coche. Un agente municipal, al ver que no había nadie en el vehículo, se dirigió al grupo:

—¿Y el conductor?

El técnico en emergencias sanitarias fue el único que se atrevió a especular:

—Igual era un ladrón y el coche era robao. Iba a toda hostia, ha derrapao y se la ha pegao. El tío ha salido por piernas antes de que llegaseis.

Al municipal no le gustó que el sanitario ejerciera de policía y dijo:

—Parece que no hay nadie. Por mí, podéis iros.

—¿Seguro?

—Mira tú mismo. A ver si lo ves mejor que yo.

Se asomaron por el parabrisas los dos policías y el técnico. Iluminaron el interior con las linternas a conciencia. Allí dentro no se veía a nadie.

Otra dotación de la Policía municipal se orilló a la acera. Hizo aullar la sirena, advirtiendo de su presencia a los compañeros situados más abajo.

El médico, al ver que habían llegado más refuerzos y que ellos ya no eran necesarios en aquel lugar, les anunció a los municipales que se marchaban. En ese preciso instante llegó la grúa que habían pedido a la central. Descendió por el terraplén y se situó en perpendicular al vehículo siniestrado. Engancharon un grueso cable de acero a la manecilla de la puerta del conductor y accionaron el motor para recogerlo. La limusina, tras un breve traqueteo, quedó asentada sobre

sus cuatro ruedas. A consecuencia del enérgico movimiento, el maletero se abrió.

Al acercarse el mecánico a cerrarlo, miró en su interior. Dio un respingo. Se giró hacia los municipales que se habían alejado y les gritó:

—¡Aquí! ¡Aquí!

Aquellos lo miraron extrañados. Los sanitarios, que ya se iban, se asomaron por la ventanilla a ver qué eran aquellos gritos. Detuvieron su marcha. El médico se apeó de la ambulancia y se dirigió hacia el vehículo accidentado. El municipal que parecía llevar la voz cantante preguntó en voz alta:

—¿Qué pasa?

El gruista, muy nervioso, no acertaba a decir otra cosa que:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

El policía se asomó al maletero y pudo ver la razón de la inquietud del mecánico: el cuerpo de una mujer joven yacía en su interior. En posición fetal. Inmóvil. El médico, nada más llegar a su altura, se hizo el interesante:

—Vaya. Así que había alguien.

—Ya ves. Un fiambre, parece.

—Pues si es un fiambre es cosa de Criminalística, no de nosotros.

—Bueno, ya que estás aquí, tú mira a ver.

—Eso iba a hacer, qué te creías.

El médico se asomó al maletero y observó su inesperado contenido. Lo primero que hizo fue tantear el pulso de la yugular. Débil, pero tenía pulso. Estaba viva. Comprobó también su iris. Definitivamente, viva. Parecía sedada más que dormida, pues no respondía a los estímulos que le daba a base de cachetes. Observó que tenía un gran moratón en la frente y un hematoma detrás de la oreja derecha; especuló que seguramente había perdido el conocimiento por el choque. No apreció más heridas a simple vista.

Llamó a sus compañeros y les pidió que bajasen la camilla. Le aplicaron oxígeno, le pusieron un collarín por precaución y la metieron en la ambulancia con destino al cercano Hospital Clínico.

Un coche patrulla de la Policía Nacional, más otro vehículo camuflado, con un subinspector y un oficial, estacionaron junto al vehículo de la Policía municipal. Se acercaron a la pareja de guardias que estaba custodiando el simiestro. Se habían refugiado en su vehículo con la calefacción encendida, esa mañana de febrero estaba siendo muy fría. Uno de ellos nada más ver a los investigadores se bajó y les dijo, quejumbroso:

—Ya era hora. Hace casi una hora que acabé mi turno y seguimos aquí todavía. De custodia.

Uno de los agentes del coche camuflado respondió, displicente:

—A mí qué me cuentas. Nos acaban de llamar.

—Ahí abajo lo tenéis. No hay nadie. El conductor se las piró. No es de extrañar, llevando el paquete que llevaba. Una chica, parecía muerta, pero no. Afortunadamente. En el maletero la tenía.

El subinspector Aranda, el de mayor rango de los investigadores, le preguntó si la chica estaba atada. El municipal le respondió que no, que estaba sin ataduras pero sin sentido, como muerta. El subinspector quiso saber más:

—Se la han llevado los del Sámar, supongo.

—Efectivamente. Hace un buen rato. Al Clínico, me dijeron.

El detective bajó por el prado hasta donde se encontraba la limusina negra. Observó la matrícula de color azul con los números y letras en blanco. La fotografió con su móvil y la envió a la comisaría con la indicación de que averiguaran, en la compañía de limusinas propietaria de

esa matrícula, quién estuvo asignado a ese vehículo en el turno de la pasada noche.

El subinspector se dirigió al gruista en tono autoritario:

—Usted, lleve el coche siniestrado al depósito municipal de la avenida Valladolid. No toque nada. Simplemente lo lleva y lo baja. Ni se le ocurra abrirlo.

—Vale, jefe.

—Mandaremos a los ITO para allá, que hagan una inspección a fondo. Andando. Váyase ya.

Azuzó a su ayudante para que regresara al coche.

—Venga, Ibáñez. Nos vamos a comisaría. Aquí no hacemos nada.

—¿No deberíamos ir al hospital? Igual la chica ya se despertó y nos podrá decir quién la metió en el maletero.

El subinspector Aranda se quedó mirando a su ayudante con desdén. Tenía razón. Lo lógico era pasarse primero por el hospital, pero antes muerto que obedecer a un subordinado. No respondió. Se puso al volante y se dirigió hacia la comisaría. En su estúpida mediocridad primaba la autoridad que le otorgaba un rango superior. Vencer antes que convencer. El joven oficial se encogió de hombros y calló.

El subinspector Aranda cambió su tono despótico habitual por otro mucho más dócil en cuanto tuvo que reportar a su jefe inmediato, el inspector Ignacio Cuevas, quien nada más verlos entrar les preguntó:

—¿Qué era lo del parque?

—Una chica en un maletero. Se la han llevado al Clínico. Está sin conocimiento, pero viva. El conductor, posiblemente un taxista de esos de Uber o Cabify, no aparece. Se ha esfumado. Lo estamos buscando.

—¿Venís del hospital entonces?

—No. Pensábamos ir ahora. Antes quería reportarte.

—Pues no me estás reportando mucho, Aranda. Mejor os vais a hablar con la chica a ver qué le han hecho. Parece un secuestro abortado por un inoportuno accidente.

Encontraron a la chica recostada. A pesar de su cara de aturdimiento les resultó muy atractiva: rostro bello y sereno, grandes ojos verdes muy claros, casi transparentes, enmarcados por unas cejas apenas depiladas, y unos asombrosos labios acolchados, en ese momento algo exangües. Una media melena de color caoba y lacia colgaba sobre los hombros. Estaba despierta pero desorientada, hablaba con una enfermera que le comprobaba las constantes. No tenía fiebre, el pulso y la oxigenación eran buenos, la presión arterial, normal. La chica le estaba diciendo que únicamente tenía un fuerte dolor de cabeza y que no recordaba nada de lo sucedido. La enfermera la tranquilizó:

—Ahora te harán un TAC, no te preocupes.

La joven miró con curiosidad a aquellos dos individuos que irrumpieron decididos en el box de urgencias que le habían asignado, como si estuviesen en un concurso de policías mostrando las placas en alto. Sus ojos abandonaron los distintivos policiales para buscar los de la enfermera, y conformaron una mirada de clemencia que la sanitaria captó al instante para reaccionar e increpar a los intrusos:

—¿Qué hacen aquí? Aquí no se puede estar.

El detective de mayor rango la interpeló:

—Como puede ver, somos policías, el subinspector Aranda y el oficial Ibáñez. Necesitamos hablar con la señorita. Lo antes posible.

—La paciente necesita descansar. Está agotada, desorientada y además tiene un fuerte dolor de cabeza.

—Solo será un instante. Necesitamos saber su nombre y qué le ha pasado.

—Tendrán que solicitar permiso al doctor Aguado para hablar con ella.

La enfermera se alejó de la cama y corrió la cortina que separaba los lechos, dando a entender que se había cerrado una imaginaria puerta. Ibáñez descorrió la cortina y le hizo una foto a la chica con el móvil. La volvió a correr antes de que la enfermera dijera algo. Su jefe ni se inmutó, simplemente le dijo:

—Ibáñez, hay que encontrar a ese doctor Aguado. Yo no me voy de aquí sin averiguar qué le pasó a la chica.

—En admisiones igual saben dónde encontrarlo.

Por toda respuesta, el subinspector Aranda lanzó un gruñido.

Tras las cortinas, la joven accidentada se abrazó a Morfeo y se durmió profundamente. Al dios de los sueños le gustó tanto el abrazo que ya no la soltó. A las dos horas, la chica del maletero moría como consecuencia de una hemorragia masiva repentina. La posterior autopsia determinaría que fue a causa de los fuertes golpes recibidos en su cabeza: le provocaron una hemorragia interna lenta y letal.

A los policías no les dio tiempo de averiguar quién era aquella chica y qué le había sucedido. Cuando, por fin, el doctor Aguado los recibió, la joven había entrado en coma profundo. Al llegar a la comisaría para informar a su jefe, recibieron la llamada del hospital con la trágica noticia. Les tocaría volver con una orden del juez, tomar huellas, ADN y más fotografías; todo con el objetivo de averiguar quién era.

Aranda se quejó en alto:

—Adiós al fin de semana.

Ibáñez, una vez más, calló.

Llevaba muerta al menos dos meses. Eso dedujeron a primera vista y olfato los técnicos de Criminalística. Nadie en el edificio parecía conocerla. Únicamente un vecino hizo una somera descripción: era muy guapa. Nada más. El resto ni la habían visto ni se habían fijado en ella, quizás porque vivía en el primero y no solía utilizar el ascensor, o lo más seguro: porque todo el mundo en Madrid va a lo suyo y la mayoría no alza la vista para mirar algo que no sea su móvil.

La voz de alarma la dio la encargada de la limpieza: se lo comunicó al presidente de la comunidad, quien, muy en su papel, bajó por la escalera oisqueando, desde el sexto en donde vivía hasta llegar al primero. Una vez allí, identificó unos insectos voladores nunca vistos. Determinó que podía tratarse de una plaga y llamó a una empresa de desinfección.

Los operarios de la empresa, nada más llegar, tuvieron claro que no se trataba de una plaga habitual. Aquellos insectos no encajaban en aquel lugar. Además, dijo uno de ellos:

—Aquí huele a muerto.

Llamaron al 112 y, al poco, dos patrullas, una de la Policía Nacional y otra de la municipal, aparcaron frente al portal. A su vez, los municipales llamaron al Sámar y a los bomberos, quienes tiraron la puerta abajo y se encontraron con el tétrico panorama.

La mujer estaba tumbada en la cama, vestida únicamente con una gabardina corta de color rojo y unos zapatos

de salón. Tenía las manos entrelazadas sobre el pecho. La persona que dijo de ella que era muy guapa no lo podría corroborar ahora: el cuerpo estaba putrefacto y el rostro irreconocible. Los insectos y los gusanos habían casi concluido su labor depredadora.

El intenso olor ácido y punzante de la muerte se adueñó de las fosas nasales de los primeros bomberos que entraron. Se retiraron, entre arcadas y procurando evitar el vómito, a grandes zancadas hasta alcanzar el portal y de ahí al exterior a respirar aire puro. Uno de ellos les dijo a los policías apostados junto al portal que aquello se lo dejaban a los de Criminalística. Los funcionarios de la Científica de la Policía Nacional se personaron a las dos horas enfundados en sus monos blancos. Gregorio Vázquez estaba al frente del equipo. Veinte años en el cuerpo y quince desde que aprobó con matrícula de honor el grado en Criminalística de Ciencias y Tecnologías Forenses.

Ignacio Cuevas, el inspector asignado al caso, se puso unos tapones antiolor en la nariz impregnados de opopanax antes de entrar en la habitación. No era la primera vez que se enfrentaba a los efectos nauseabundos de las poliaminas y el ácido sulfhídrico que emanan los cadáveres. Miró al doctor Vázquez y le preguntó:

—¿Qué me puedes adelantar, Goyo?

—Lleva muerta mes y medio o quizás algo más. Según lo que veo y lo que huelo, ha pasado de la putrefacción oscura a la fermentación butírica. No hay signos de violencia, en principio. Imposible determinar la causa de la muerte ahora. Nos la llevamos al Anatómico, le hacemos la autopsia y ya luego te digo.

El inspector Cuevas le dio las gracias y comenzó un rápido escaneo de la habitación. No había ninguna carta o nota ni tampoco botes o blísteres de pastillas. No le pareció un suicidio. Le llamó la atención la postura de la occisa: demasiado compuesta. Se adivinaba con facilidad que debajo de la gabardina no llevaba ningún tipo de prenda, lo que lo llevó en un inicio a pensar en un crimen de tipo sexual.

Sobre el cabecero de la cama estaban colgadas tres grandes fotografías (parecían hechas por un profesional) en blanco y negro, muy contrastadas. Una modelo, la misma en las tres, posaba desnuda de espaldas en la primera foto a la izquierda, el rostro estaba girado y se inclinaba sobre el hombro derecho. Sonreía. En la del centro la modelo miraba al frente, un rostro bello y sereno, sin sonreír apenas. La de la derecha mostraba el perfil de la misma mujer girado hacia la izquierda, como si contemplara las otras dos fotos. El inspector fotografió con su móvil los tres retratos. En una de las paredes laterales colgaban otras dos fotografías de gran tamaño. Se trataba de la misma modelo vestida con unas mallas negras muy ajustadas y parecía que estuviese bailando *jazz* u otro baile contemporáneo. Dedujo que podría tratarse de una bailarina. La otra pared lateral estaba completamente cubierta por un espejo, el cual escondía un armario tras él. Antes de precipitarse a la salida, el inspector fotografió también un portarretratos sobre la mesilla de noche, en el que la misma chica aparecía sonriente y abrazada a una mujer algo mayor, pero no lo suficiente como para ser su madre. Pensó que podrían ser pareja por la forma en que se abrazaban. La figura más joven coincidía con la de las imágenes sobre el cabecero de la cama. Intuyó que la chica que yacía muerta sobre el lecho bien podría ser la bailarina. El inspector siguió su acelerada inspección ocular por el resto del piso: unos setenta metros cuadrados, calculó. Dos habitaciones y un baño. Una de ellas del todo vacía, aunque con un teléfono colgado de la pared, una nevera repleta de botellas de agua y conservas, y la puerta defendida con tres cerrojos de grandes dimensiones. Pensó que pudiera tratarse de una habitación del pánico bastante sui géneris. Cuevas continuó hasta encontrar una cocina amplia y un salón comedor anexo. Sobre una de las estanterías del mueble librería, que albergaba la televisión de plasma y algunos libros, pocos, encontró otros retratos enmarcados en diferentes tamaños. Estimó que seguramente serían familiares de la dueña del piso, a juzgar por el parecido entre ellos y con la mujer de las fotos en la alcoba. El investigador

sacó de nuevo su móvil y los fotografió. En una de ellas posaban dos chicas que parecían hermanas, de unos veintipocos años, una morena y de pelo lacio largo —el rostro parecía de nuevo el de la modelo—, la otra rubia teñida y pelo ondulado algo más corto. Ambas de ojos verdes, muy claros, casi transparentes, y unos labios gruesos bien dibujados. Muy estilosas. Muy guapas las dos. Sobre todo, la morena. Le recordaba a alguien. No sabía muy bien a quién, pero a alguien famoso.

El inspector se dijo que ya había tenido bastante para un viernes al mediodía: una chica en un maletero, al parecer viva, y ahora otra putrefacta y bien muerta. Tenía que regresar a la comisaría y ver qué había averiguado su equipo en el hospital. Decidió comer algo antes y así se lo hizo saber a su nueva ayudante, como si la impresión de ver un cadáver en plena descomposición fuese lo más habitual del mundo.

—¿Comemos algo?

La oficial Rosario Lobo no se pudo contener.

—No sé cómo tienes estómago para comer después de...

—Antes me afectaba, ahora ya no. Intento engañar a mi cerebro y no sentir nada, aunque algo siento, no creas. Te acostumbrarás con el tiempo. El tiempo lo cura todo, ya sabes.

—Con tu permiso, yo me abstengo. Te veo en la comisaría.

—Como quieras, Rosario. Espera un momento, mira, le mando a Ramírez las fotos que he tomado. Pídele que me las imprima, porfa, y que las deje sobre mi mesa antes de marcharse.

—Se lo digo. Hasta luego.

—Una cosa más. El buzón del piso tenía escritos dos nombres: Karla von Bergen y Carolina Covarrubias. Averigua en el Registro de la Propiedad Inmobiliaria a quién pertenece la vivienda, si la tiene alquilada, a quién, ya sabes.

—Lo miro.

Se despidieron. La oficial provenía de uno de los grupos de la Brigada de Homicidios, se la habían asignado al sospechar que este hallazgo podría tratarse de un asesinato y no de una simple muerte natural. Su propio jefe, el comisario Posadas, la había reclamado para que colaborase desde el inicio de las investigaciones con él.

El inspector Cuevas entró en un bar en el que había un cartelón exterior imitando una pizarra, como muchos que hay en Madrid, en el que alguien había anotado los platos del día. Era viernes y, al parecer, la mayoría de los trabajadores que comían allí disfrutaban de la semana inglesa. Cuevas no tenía tanta suerte, su trabajo era muy exigente e impredecible, de los que se sabe cuando se entra, pero no cuando se sale. Ahora que llevaba dos años separado (tras seis años de convivencia, sin llegar a casarse) le preocupaba menos, incluso no le importaba demasiado. Su vida se circunscribía a la comisaría, a tres o cuatro bares con menú al mediodía, a su pequeño piso y a la diminuta cocina en la que se preparaba habitualmente bocadillos insulsos o ensaladas espartanas para sentarse luego ante el televisor y ver una película. Tenía cientos de deuvedés y estaba suscrito a tres plataformas en línea. Antes leía, novelas principalmente, pero desde que se separó sucumbió a la pereza intelectual. Toda su inteligencia la reservaba para las investigaciones. El ocio: el que menos esfuerzo requiriera, sofá y películas. Mujeres: solo cuando la libido se desataba. Frecuentaba un par de sitios para cuarentones y, si no triunfabas, lo más habitual: se consolaba en internet. Tras separarse, se juró a sí mismo que no volvería a comprometerse.

Al entrar en su despacho, Cuevas se encontró al subinspector Aranda y a su sombra Ibáñez: observaban las fotos que él mismo había tomado en el piso de la mujer putrefacta, ya impresas por Ramírez. Las encontró esparcidas por su mesa y a sus dos ayudantes volcados sobre ellas.

—¡Qué coño hacéis!

Sorprendidos, los policías se retiraron de la mesa y adoptaron una postura cercana al firmes. Aranda se excusó con su habitual docilidad.

—Nada, inspector. Bueno, que nos ha extrañado ver las fotos de la chica del maletero en tu mesa.

—¿Cómo? ¿Qué dices, Aranda? Esta es la muerta del piso de Argüelles que han encontrado esta mañana.

Los dos policías de su equipo se miraron entre sí, extrañados. Ibáñez tomó la palabra al ver que su jefe no quería abrir la boca.

—Lo siento, inspector. Pero es que es idéntica, pero idéntica a la chica del maletero que está en el hospital.

El inspector no hizo mucho caso de la coincidencia física. Solo quería saber si su equipo había hecho el trabajo que les había encomendado.

—¿La habéis interrogado ya? ¿Sabemos quién es, qué le pasó?

Aranda titubeó algo antes de responder:

—Ha fallecido, inspector. No nos ha dado tiempo a saber quién era, ni lo que le pasó.

—Pues habrá que enviar un equipo de la Científica, tomarle las huellas, el ADN y hacerle la autopsia correspondiente. Ya hablo yo con Vázquez. Vosotros os ocupáis de encontrar al conductor de la limusina que huyó del lugar del accidente.

Ambos subordinados asintieron al unísono. El inspector los reprendió:

—Y otra vez que os pille hurgando en mis cosas, os buscáis una excusa mejor.

Ibáñez sacó su móvil, buscó en fotos y eligió la última imagen tomada: la que le hizo a la chica cuando descorrió la cortina. Se la mostró al inspector sin mediar palabra. El parecido era evidente. Cuevas puso cara de no entender bien qué era lo que ocurría.

—Hazla imprimir, por favor.

Envalentonado, Aranda se atrevió a intervenir:

—Ya te lo dijimos, inspector. Es que es idéntica. Vamos, que es la misma. Bueno, o su hermana gemela, por lo menos.

Cuevas asintió, incómodo.

Tenían razón: eran casi idénticas.

© del texto: Andrés Gusó Sierra, 2023

© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2023

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-9743-991-6

DL: L 309-2023

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.